

V Domingo de Cuaresma (17-03-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Bienvenidos a todos los grupos que han llegado hoy día con tanto fervor y alegría a celebrar la Misa Dominical. Y gracias por habernos traído la imagen del Señor Crucificado del Rímac, que es el patrón del nacimiento de la ciudad que es hoy El Rímac.

Hoy día, el profeta Jeremías (31, 31-34) recuerda que Dios había prometido una “nueva alianza”, es decir, una nueva manera de unir a Dios con los seres humanos. ¿Por qué? Porque la antigua alianza (la alianza que se hizo con la ley de la cual derivaba toda la manera de sentir y de vivir la religión de Israel), no se separó de las costumbres religiosas de todos los pueblos, en donde es el ser humano que quiere hacer una alianza con Dios.

La vez pasada dijimos que los seres humanos somos grandes personas que buscamos a Dios y, además, nos hacemos imágenes de Dios, por lo que corremos un riesgo de tener imágenes falsas y de endiosar o endiosarnos, como sucede en este momento con mucha gente poderosa en el mundo que cree que, por tener un mínimo de poder, ya puede hacer lo que le da la gana, puede destruir la selva, puede impedir que se vendan productos genéricos en las farmacias o destituir a quien sea, y todo “porque me da la gana”, “porque soy poderoso”, “tengo poder”, “tengo gloria”.

Siempre, en las religiones hay la tendencia a construir nosotros a “dios”. Les conté alguna vez que una persona muy importante me decía que ella tenía guardado al Señor de los Milagros en su ropero y “lo sacaba”, le hacía dos misas y el Señor de los Milagros “le hacía todos los milagros” que ella quería. Eso es una cosa que nos puede pasar: tener un “dios de bolsillo”, que lo usamos según nuestro interés y que protege nuestro interés.

Nuestro Dios, en cambio, manda a Jesucristo para mostrarnos el verdadero rostro de Dios, su verdadero rostro, un Dios que se compromete con nosotros y no se busca a sí mismo, sino que busca acompañarnos y ayudarnos, que se entrega generosamente. Y su Hijo vino a transparentarlo, a hacer posible que todos podamos encontrar un nuevo norte para nuestra vida. Ésa es la “nueva alianza”, una alianza en donde Dios nos perdona y no se acuerda de nuestros pecados. Por eso es que estas palabras de Jeremías son tan lindas para expresar lo que es esta *nueva alianza* que ahora los cristianos vivimos gracias a Jesús: *“No tendrán, ya que enseñarse uno al otro a su prójimo, diciendo: ¡Reconoce al Señor y cree!, porque todos me conocerán, desde el más pequeño al más grande cuando perdone sus crímenes y sus culpas, y de sus pecados no me vuelva a acordar”*.

Este Dios, que se nos revela en Jesucristo, cuesta comprenderlo y, por eso, en los siglos que han pasado, más de 20 siglos ya, todavía estamos en un proceso de comprensión porque siempre, nuestro espíritu religioso, nos lleva a pintar imágenes y, a veces, esas imágenes son a imagen y semejanza nuestra; pero, felizmente, hay pintores, hay escultores, hay personas que nos muestran al

Señor que muestra que es Dios quien se sacrifica por nosotros.

Y si bien, en el caso de Jesús, se van a confabular contra Él y lo van a matar en la Cruz, Jesús va a aceptarlo para echar el poder del príncipe de este mundo y para liberarnos de esta imagen terrorífica de un Dios que quiere venganza, que quiere el miedo, que quiere la destrucción del mundo y, más bien, nos muestra un Dios que quiere promovernos, perdonarnos y ayudarnos a reconocer nuestros propios males, nuestros propios límites y pecados, y así comprender el misterio de que solamente con el amor podemos ser plenamente humanos y felices.

Por eso es que sobre Jesús, en la Carta a los Hebreos (5, 7-9), se expresa claramente que sufrió Jesús profundamente porque aceptó el sacrificio, aprendió sufriendo a obedecer porque había que mostrar al mundo que había que perdonar, y que la imagen de Dios estaba empañada como un “dios terrorífico”, cuando es un Dios que es Padre de todos nosotros.

Y, por eso, en el texto bíblico que hemos visto hoy día del Evangelio (Jn 12, 20-33), se nos muestra esta imagen de los griegos, que serían las comunidades o grupos cristianos que, en la primera Iglesia, recién empezaban a acercarse a Jesús y a la fe cristiana viniendo de otro horizonte cultural y social; son los pueblos paganos, los pueblos que no eran el pueblo judío que sí había tenido una tradición de revelación por parte de Yahvé, aunque no la comprendieron mucho (sobre todo, los sacerdotes, que no comprendieron nada).

Y, entonces, los sacerdotes de esa época vivieron una especie de monopolio del Señor y una utilización terrible porque el templo realmente se convirtió, en aquellos años,

en un “templo de muerte”. No había vida, había muchos holocaustos, mucho sacrificio, mucho olor a carne quemada para la Pascua, mucho derroche de dinero, pero el templo se convirtió, como dicen los evangelistas, o en “una cueva de bandidos” o en un “emporio” económico y corrupto.

Esta gente pagana viene de las religiones griegas y de otros ambientes, y en eso podemos encontrar muchos pueblos, nosotros mismos, que no venimos de los judíos, sino que venimos de los pueblos originarios, tanto de España como del Perú. Y en todos estos pueblos hay también imágenes de Dios.

¿Por qué Jesús, en ese momento, en vez de responderles inmediatamente y hacer que entren estos griegos, empieza a hablar sobre su hora? *“Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre”*, dice el Señor. Al parecer, es porque Jesús ya había sentido que el pueblo hebreo, en ese momento, era incapaz de comprender algo así, y Jesús siente que hay una esperanza en estos pueblos que, viniendo de otras partes, pueden comprender al Dios misericordioso.

Y entonces, dice: *“Ha llegado la hora”*. Es bien interesante porque el Papa ha dicho muy claramente que en el Evangelio de Juan a la Cruz del Señor se le llama gloria.

Nuestro Dios nos ha enseñado a poder entender la vida creyente a partir de cosas totalmente inexplicables. ¿Cómo, a partir de una Cruz, de un sufrimiento, se genera la gloria? Eso debería ser, como el Papa ha dicho hoy día, para el día de la Resurrección; sin embargo, se le llama gloria porque ella está en el amor allí presente: el Dios crucificado por

amor, el Mesías derrotado porque amó hasta el extremo y entregó su vida.

¿Cómo se expulsa al príncipe de este mundo, al príncipe de la soberbia, al príncipe de la ambición, al príncipe de la destrucción, al príncipe de la guerra, al príncipe de la injusticia, al príncipe de los que matan de hambre a la gente, al príncipe de los que maltratan y asesinan a mujeres o las desaparecen? Se le vence con la insistencia en que el fundamento de todo es el amor y, por lo tanto, tenemos que inventar las formas de amar que permitan convencer y transformar todos esos males que venimos sufriendo y a los malos que lo hacen.

Esta es una tarea ardua, inclusive, nos puede dar temor porque el Señor dice: *“el que me siga, que me sirva. Y allí, donde esté Yo, estará mi servidor”*. Es decir, nosotros, si seguimos el mismo camino, no veremos muchos éxitos ni muchas glorias inmediatas, veremos la gloria verdadera, que es la gloria del amor pleno de la felicidad, y que es la que buscamos siempre los humanos. Solo que hay un costo verdaderamente grande, no el de ofrecer sacrificios insignificantes al Señor; a veces, pensamos que ofrecer un sacrificio es: ahora no voy a comer este lomo saltado, y cosas así de simples. El verdadero sacrificio que Jesús ofrece para todos nosotros es su vida, su servicio, su entrega generosa, su cercanía, su ayuda a todos nosotros, como lo ha hecho caminando por la Galilea, por todos los pueblos, acompañando a las personas, incluso a los ricos, asistiendo a la casa del rico para que él mismo se convierta y comparta todo lo que tiene.

La verdadera gloria está en el compartir y en el dar. Por eso, a pesar de que algunos se han quejado de que pongamos para la Cuaresma y para la Semana Santa

como lema: “Compartiendo, como Jesús, el pan y la vida, saciemos unidos el hambre de nuestro pueblo”, especialmente, las zonas más pobres. Algunos se han molestado por eso, porque dicen que este es tiempo de ayuno y de sacrificio, pero no hay mejor ayuno que el poder compartir nuestro pan y ayudar.

¿Saben qué ayuno quiero yo?, dice el profeta Isaías, compartir tu pan con el hambriento, vestir al desnudo, hacer justicia al oprimido, hacer leyes justas, vivir en forma honesta. Y ese sacrificio es el que Dios quiere porque siempre es un sacrificio de amor, es expresión del amor gratuito de Dios.

Y, por eso, el Señor, cuando se acercan esas personas griegas, no les habla, ni las recibe inmediatamente, sino que las manda a lo que va a pasar después de la Cruz. Y lo que va a pasar después de la Cruz es su muerte y su Resurrección y, por lo tanto, su gloria ya plena con la Resurrección, pero que implica el amor en la Cruz por donde comienza la gloria. Todo esto va a permitir a todos comprender que hay algo más interesante para vivir, y esas personas que vienen del paganismo, de los griegos, de los distintos pueblos puedan tener apertura a encontrar al verdadero Dios. Por eso dice que esa voz que suena es por ellos, es para nosotros, es para los que no estuvimos ahí en el momento en que murió y entregó su vida Jesús para dar gloria a Dios.

Él mismo estaba triste, angustiado por lo que iba a pasar, y en un momento, Él mismo, espiritualmente, dice: *“Mi alma está atormentada, está golpeada. Pero para esto he venido, para hacer la voluntad del Padre, para esta hora me ha puesto el Señor”*. Por eso, manifiesta, “glorifica tu nombre” y por eso antes nos cuenta la parábola tan linda

de que el grano del trigo si no cae en tierra y muere queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto.

Hermanos y hermanas, la verdadera gloria es la fecundidad, la generatividad. No la productividad económica tan deseada hoy por algunos. El ser generativo y creativo, ésa es la verdadera gloria que viene del amor. Las otras glorias son vanidades, son absurdos que creamos. Y, por más que alguien se quiera sentir poderoso y que puede hacer lo que quiere con nosotros, con el pueblo sencillo, esa gloria se va a desvanecer de todas maneras. Ojalá que esas “glorias” que se están haciendo últimamente en nuestra Patria no vayan a generar, luego, un caos como el que se ha generado en Haití, en donde ya no hay instituciones y en donde todo es un caos.

Vamos a rezar por el pueblo de Haití para que pueda recuperarse y reconstituir sus instituciones, y haya normas y reglas para vivir en paz, como el Papa lo ha pedido también en estos días. Y vamos a pedir por nosotros para que no sigamos ese camino, sino para que recapacitemos. Y, después de tantas veleidades y tantas decisiones mal tomadas, que lo que hacen es destruir nuestras instituciones tutelares y no nos permiten vivir en forma ordenada porque está destruyendo nuestro orden, el orden que hemos conseguido durante siglos, sobre todo, estos dos siglos de independencia; nosotros, estemos dispuestos a cambiar y a mejorar, reconociendo que el Señor nos inspira con esa gloriosa Cruz porque nos invita permanentemente a servir y a un sacrificio por amor.

Muchos de nosotros lo entendemos, sobre todo, las mamás que se sacrifican por los hijos, que se sacan el pan de la boca para compartirlo con ellos, que se esfuerzan por los demás. Lo han comprendido nuestros héroes nacionales

que son, en su mayoría, mártires; lo han comprendido las personas que se rajan por ayudar a los demás, las hermanas de las ollas comunes.

Yo creo que todos tenemos, de alguna manera, alguna experiencia interesante: los policías, las fuerzas armadas que trabajan con la gente. Evidentemente, siempre se puede cometer errores, incluso graves, pero afiancemos el lado positivo de nuestro servicio como un servicio que hacemos unidos al Señor, y podamos encontrar en todos nosotros una esperanza, esa esperanza que estamos sintiendo en los jóvenes que están, poco a poco, yendo en un camino de apertura al Señor y dejándose llevar por Él.

Que esta gracia, que esta nueva alianza en donde Dios nos perdona gratuitamente y sin medida, nos llene a todos el espíritu en esta Cuaresma y finalmente, la Semana Santa nos llene de capacidad generosa y de donarnos unos a otros. Sobre todo, esto lo pedimos especialmente para toda nuestra dirigencia nacional y a todos los que ocupamos un cargo, porque a veces no nos acordamos de que estamos para servir y, más bien, nos hacemos servir.

Que Dios los bendiga a todos y, como Pueblo de Dios, creyente en Jesús, demos gloria a Él compartiendo nuestra vida y nuestro pan.

Amén